



Revista de Filosofía, N° 40, 2002-1, pp. 15-33
ISSN 0798-1171

La crisis de poder de las burocracias privadas: El socavamiento de los derechos humanos en la globalización actual

Power Crisis in Private Bureaucracy:
The Undermining of Human Rights
in Present Day Globalization

Franz J. Hinkelammert
Departamento Ecuménico de Investigaciones
San José - Costa Rica

Resumen

Los atentados de Nueva York condensan una crisis mundial que hoy está a la vista. Las grandes burocracias privadas de tipo empresarial han tomado el poder en nombre del mercado total. Las mismas han logrado un poder sin límites y hoy es visible que están amenazando inclusive la propia vida humana. A la luz de este hecho podemos hablar de una crisis de poder de las burocracias privadas. Eso no significa que el poder ya esté por derrumbarse. Las burocracias privadas siguen estando en el poder. Pero su poder está llegando a un punto crítico que se hace presente como una encrucijada.

Palabras clave: Crisis mundial, burocracia privada, globalización, derechos humanos.

Abstract

The attack on New York concentrated a world crisis which is now visible. Great private bureaucracies of the business world have taken over power on behalf of the total market. These same entities have consolidated unlimited power and are today visibly threatening human life itself. In view of this we can refer to a power

crisis in private bureaucracy. This does not infer that their power decreasing. Private bureaucracy is still in power. But it is arriving a critical point, a crossroads so to speak.

Key words: World crisis, private bureaucracy, globalization, power crisis, human rights.

La crisis mundial actual está indefectiblemente ligada a la nueva forma de acumulación de capital que ha asumido el sistema capitalista. Para entenderlo analizamos las empresas transnacionales como burocracias privadas. Hoy estas empresas conforman grandes aparatos que tanto en su tamaño como en sus procedimientos constituyen una burocracia privada, en función de la cual las burocracias públicas se están transformando en sus apéndices.

La gran empresa se transformó en burocracia privada desde los años 70 del siglo XIX. Ya en Max Weber encontramos este análisis de la gran empresa como burocracia privada. Sin embargo, después de la II Guerra Mundial esta gran empresa, que desde sus comienzos ha sido una empresa de alcance mundial, se transforma profundamente. Es ahora una empresa de producción mundial, que como burocracia privada logra ponerse por encima de la burocracia pública y constituye hoy el poder clave a partir del cual tenemos que intentar comprender la situación del mundo y de América Latina en particular.

La empresa de producción mundial

La empresa de producción mundial es de un tipo nuevo. Aparece después de la II Guerra Mundial, pero se intensifica su presencia a partir de los años 70 del siglo XX.

No es la primera empresa mundial. Pero las empresas mundiales anteriores son de venta y compra mundial, mientras su producción está concentrada en determinados lugares del espacio terrestre. Los principales elementos del proceso de producción son producidos en un espacio restringido. Por eso, se puede hablar del "Made in England" o del "Made in Germany".

La empresa de producción mundial surge a partir de determinados nuevos inventos, que la hacen posible:

1. Transmisión barata de mensajes con velocidad instantánea con todos los lugares de la tierra. La transmisión instantánea de mensajes empieza ya a mediados del siglo XIX con la transmisión cablegráfica. Sin embargo, una transmisión instantánea con todos los lugares de la tierra, que incluye imágenes en los mensajes, aparece recién después de la II Guerra Mundial.
2. Cálculos baratos con velocidad casi instantánea y con capacidad tendencialmente ilimitada. Estos cálculos aparecen también después de la II Guerra Mundial, especialmente a partir de los años 70.
3. Transportes baratos mundiales que alcanzan cualquier lugar del mundo desde cualquier lugar en menos de 24 horas. El mundo está al alcance del transporte tanto de bienes como de personas.

Dadas estas condiciones, puede aparecer la empresa de producción mundial. Esta empresa puede distribuir las etapas de producción de sus productos en el mundo entero y a pesar de eso puede funcionar tan coordinadamente como lo hacía anteriormente una empresa que unía estas etapas de producción en un solo espacio parcial. La empresa de producción mundial es una empresa cuyo proceso de producción se desenvuelve en una red mundial de división del trabajo referente a las etapas intermedias. Cada etapa puede estar en un lugar diferente según los costos de producción de los diferentes lugares posibles. Por eso son sumamente móviles. La etapa final del proceso de producción se asemeja muchas veces a un simple lugar de ensamblaje.

A partir de los años 60 estas empresas de producción mundial se desarrollan muy rápidamente. Son las empresas transnacionales, como se las llama muchas veces. Pero no solamente las grandes empresas conocidas desarrollan este carácter, también lo hacen muchas empresas de tamaño medio.

Ya mencionamos las condiciones que hacen posible la constitución de empresas de producción mundial: mensajes instantáneos, cálculos instantáneos, transportes rápidos de alcance universal. Sin embargo, una vez posibles las empresas de producción mundial, aparecen otras condiciones de carácter institucional. Son condiciones que facilitan las posibilidades de estas empresas de lograr un rendimiento máximo. Las empresas promueven ahora nuevas condiciones institucionales para su funcionamiento y presionan para que se les den.

Se trata de condiciones institucionales de fluidez de los mercados, cuyo cumplimiento exige la empresa de producción mundial. Esto implica

un cambio radical en relación al capitalismo anterior. Ese capitalismo era intervencionista y podía coexistir con políticas de intervención en los mercados por parte de los Estados nacionales. Sin embargo, la lógica de la empresa de producción mundial se opone radicalmente al anterior intervencionismo de la política económica de los Estados nacionales: a la protección de mercados, a la política de pleno empleo, a la planificación del desarrollo local, nacional y regional, al control de los flujos del capital y de las divisas, a las reservas del mercado impuestas por el Estado, a la propiedad pública, a las políticas laborales en favor de la estabilidad laboral, a los sindicatos, etc.

Si queremos formular el conjunto de estas exigencias, que surgen desde el interior del funcionamiento de las empresas de producción mundial, lo podemos encontrar en los ajustes estructurales que fueron impuestos al mundo desde los años 80. Son la otra cara de este funcionamiento, cuando se orienta por la maximización de su rendimiento. La promoción de las empresas de producción mundial y los ajustes estructurales son dos caras de una sola medalla. Los programas de ajuste estructural aparecen con la empresa de producción mundial y le dan sistematicidad y un nombre.

La estrategia resultante de la toma del poder por las burocracias privadas: los ajustes estructurales

Los ajustes estructurales se refieren especialmente a tres dimensiones de la sociedad:

- a. La apertura tendencialmente ilimitada para el capital financiero y las corrientes de divisas y mercancías.
- b. La reestructuración del Estado en la dirección de un Estado policial y militar. Parece ahora que el Estado policial significa libertad y el Estado social esclavitud. Se le quitan al Estado las funciones de la política de desarrollo y de la política referente a la infraestructura económica y social. De esto se deriva la privatización de las propiedades públicas, que resulta en una nueva acumulación originaria. Aparece en el mundo entero un pillaje de estas propiedades.
- c. La flexibilización de la fuerza de trabajo, la cual trae consigo la anulación de derechos de importancia decisiva, producto del contrato de trabajo, como la protección frente al despido, el seguro social y la protección de la mujer, pero también de los niños, etc. Las seguridades socia-

les son disueltas y los sindicatos debilitados, muchas veces incluso disueltos.

La imposición de estas medidas de ajuste estructural es acompañada en los países claves de América Latina (Brasil, Chile, Uruguay, Argentina) por el terrorismo del Estado, por el totalitarismo de la Seguridad Nacional. Este terrorismo mantiene hoy una importancia clave dentro de la estrategia de globalización, como ocurre en Colombia.

La imposición de los ajustes estructurales va de la mano con la propagación de la ideología de la competitividad y de la eficiencia. Por eso se los justifica como una política de eliminación de las “distorsiones” del mercado o de la eliminación de los “interruptores” de la movilidad del mercado. La economía se conduce ahora en términos de una guerra económica, en la cual se trata de conseguir ventajas competitivas que hagan posible salir victorioso de la guerra. La situación misma de los países es discutida en términos de su competitividad, y toda actividad social es evaluada según su aporte a esta competitividad. El economista y sobre todo el administrador de empresas, se convierten en asesores militares de esta guerra económica. Su función no es hacer teoría o entender qué significa esta manera de enfocar la economía, sino aportar para ganar la guerra. Por eso, la teoría económica y social se torna cínica.

Para esta guerra económica, las medidas de ajuste estructural sirven para preparar y limpiar el campo de batalla. Las empresas que se enfrentan en la guerra económica tienen en común el interés de limpiar el campo de batalla para poder luchar en él, una contra otra, sin ser “distorsionadas”.

Desde el punto de vista que nos interesa, esta eliminación de las distorsiones del mercado tiene una importancia central. La lógica real del proceso de globalización se expresa más nítidamente en términos de la eliminación de las distorsiones del mercado. La misma hace presente este proceso arrollador del mercado total como un gran engranaje que sigue una lógica propia y la impone. Por medio de esta lógica el mercado, como tal engranaje, se autorreproduce, “perfeccionándose” en términos de su propio funcionamiento. Por esta razón, el concepto de las distorsiones del mercado es tan central para el lenguaje. El engranaje del mercado aparece como una gran maquinaria computacional que necesita ser perfeccionada. Las llamadas distorsiones son consideradas elementos de fricción para este funcionamiento. Sin embargo, una máquina tiene que funcionar con un mínimo de fricciones. Eliminarlas, significa mejorar su desempeño. Y se lo mejora eliminando las distorsiones.

La empresa de producción mundial empuja el proyecto y puede imponerlo en la medida en que logra el apoyo de los Estados para su realización. No se trata de un proyecto de totalización de algún mercado ideal. En ese caso, el proyecto parecería completamente incoherente. Es más bien un proyecto de fluidez de los mercados como ambiente en el cual actúan empresas mundiales. Como tal es coherente. Su realización se hace presente en forma de una lucha en contra de las “distorsiones” o de los “interruptores” del mercado. Todo lo que se interponga a la fluidez de los mercados es visto como distorsión.

De esta manera, lo que desde los años 90 se llama el proyecto de globalización logra su coherencia. Las funciones del Estado como organizador del desarrollo, su función de garantizar una infraestructura social y su función de promover un sistema educacional de referencia universal, aparecen ahora como distorsiones del mercado. También las reglamentaciones referentes al uso del medio ambiente aparecen como distorsiones del mercado, así como toda defensa del nivel de vida de la población. Las organizaciones populares, inclusive los sindicatos, son percibidos como distorsiones. Sin embargo, el Estado como tal no es visto de ningún modo como distorsión del mercado, lo es únicamente en cuanto Estado con funciones de desarrollo económico y social. Para el proyecto de globalización su función de promoción de este proyecto es decisiva. Por consiguiente, el desmantelamiento del Estado, del que se habla tanto, es una reestructuración del Estado en función de la promoción del proyecto de globalización, e inclusive de subvención financiera de su empuje. Pero ahora se trata de subvenciones de cantidades inauditas hacia las empresas mundiales, a las cuales normalmente se les da el nombre de “incentivos”. De este Estado se habla como “Estado mínimo”, aunque sea un Estado máximo.

Bajo esta luz las políticas intervencionistas anteriores aparecen como distorsiones del mercado. Por tanto, se habla del anti-intervencionismo. Sin embargo, aparece un Estado transformado, que es altamente intervencionista en las relaciones humanas y en las relaciones con la naturaleza. Para no intervenir en los mercados, tiene que intervenir en todas las relaciones sociales en nombre de la privatización y de la flexibilización. No se debe olvidar que la privatización es una política de los poderes públicos. Ellos la hacen, y no los privados. Los intereses privados solamente pueden empujar políticas de privatización de parte de los poderes públicos.

Sin embargo, esta política transforma a las empresas transnacionales -de producción mundial- en poderes por encima de los poderes públicos. Pero son los poderes públicos los que las erigen como sus señores. De esta manera las empresas, junto con los poderes públicos, eliminan los derechos humanos de la vida humana de sus respectivas agendas. Pero no son las empresas las que se imponen. No se pueden imponer. Son los poderes públicos los que imponen las empresas y su lógica a la vida humana y a los poderes públicos mismos.

Es esto lo que establece el poder de las burocracias privadas por encima de las burocracias públicas, que ahora se transformaron en el apéndice de una dominación absoluta hecha presente en estas burocracias privadas.

El estancamiento dinámico

El efecto de los ajustes estructurales es la imposibilidad casi completa de los países dependientes de promover un desarrollo económico autocentrado. No pueden promover nuevos centros de actividad moderna, porque los ajustes estructurales excluyen las medidas necesarias para hacerlo. La protección de industrias, el control de divisas, la promoción inclusive financiera en favor de empresas nacionales en su competencia con empresas extranjeras ya constituidas, toda política de desarrollo local, nacional y regional quedan relegados. Aunque el conjunto de empresas del sector moderno tengan mucho dinamismo interno, este dinamismo no es expansivo a nuevas regiones ni en relación al empleo de nueva fuerza de trabajo.

Aparece el estancamiento dinámico, que también se ha llamado “crecimiento sin nuevos puestos de trabajo” (jobless growth). Alrededor del sector moderno de la economía se extienden cada vez más los sectores informales y precarios sin ninguna perspectiva a largo plazo. Los sectores modernos se transforman en archipiélagos en un mar de precariedad. Si aparece un aumento del empleo, aparece en estos sectores y no en los sectores modernos.

Las excepciones se dan solamente en los países en desarrollo que no se someten indiscriminadamente a los ajustes estructurales, lo que ocurrió especialmente en Asia oriental. Aparecieron allí países sumamente dinámicos (los “tigres”)¹, que efectivamente lograron promover sus propios centros de desa-

1 Estos “tigres” son los siguientes: Taiwán, Singapur, Malasia, Corea de Sur y Hong Kong. (*Nota del editor*).

rollo moderno y empresas transnacionales con capacidad competitiva. Sin embargo, con la crisis asiática de 1997 fueron restringidos en su capacidad de desarrollo autónomo, que sobre todo vale para Corea del Sur.

Las burocracias privadas toman el poder en nombre de la democracia y de los derechos humanos

La estrategia de la globalización -realizada a través de los ajustes estructurales- ha borrado los derechos humanos de la vida humana. Los ajustes estructurales dejan sin efecto los logros anteriores en materia de estos derechos humanos -derechos a la vida, salud, educación, alimentación, vivienda- y hace imposible volver a recuperarlos. Los ha sustituido por la absolutización de los derechos de las empresas -derechos de propiedad privada- como únicos derechos reconocidos.

Se trata ahora, sobre todo, de derechos de las grandes burocracias privadas que en el proceso de globalización se han impuesto a las burocracias públicas. Estos derechos son presentados como los únicos derechos humanos válidos. Derrotada la burocracia pública, la burocracia privada asumió el poder en nombre de los derechos humanos, reducidos éstos al derecho de propiedad privada. Incluso se sostiene que no es burocracia, sino "iniciativa privada" en lucha contra la burocracia. La burocracia pública se transformó en el gran promotor del poder de las burocracias privadas. Los principales promotores de la privatización son hoy el Fondo Monetario (FMI) y el Banco Mundial, que son entidades multinacionales de la burocracia pública. El proyecto de la AMI (Acuerdo Multinacional de Inversiones) intenta transformar esta situación de hecho en legalidad constitucional.

En esta situación, es marginado el estatus fundacional del ciudadano. Solamente la burocracia pública tiene ciudadanos, la burocracia privada tiene nada más que clientes. Los tiene en todo el mundo, pero con aquellos que no son clientes, no tiene nada que ver. Clientes se pueden tener mundialmente, pero no hay ciudadanos del mundo. La actual exclusión de la población es el resultado de la imposición de las burocracias privadas sobre la burocracia pública. La ciudadanía pierde su significado. Sin embargo, los derechos humanos del ser humano específico -sus derechos emancipativos- fueron declarados a partir de la ciudadanía. Por tanto, pierden su vigencia.

Max Weber vio esta transformación de la empresa privada en burocracia privada y por ello nos habla de "las organizaciones capitalistas privadas,

organizadas de una manera cada vez más burocrática”². Sin embargo, correspondiendo a la situación de su tiempo, el peligro lo ve en la imposición de la burocracia pública. Así, respecto a los sometidos a la burocracia pública generalizada, dice:

“Pero sí son, en cambio, menos libres, porque toda lucha por el poder con una burocracia estatal es inútil, y porque no se puede apelar allí a instancia alguna interesada en principio contra ella y su poder, como sí es posible, en cambio, frente a la economía privada. Esta sería toda la diferencia [...] Una vez eliminado el capitalismo privado, la burocracia estatal dominaría ella sola. Las burocracias privada y pública, que ahora trabajan una al lado de la otra, y, por lo menos posiblemente, una contra otra, manteniéndose pues, hasta cierto punto mutuamente en jaque, se fundirían en una jerarquía única: a la manera, por ejemplo, del Egipto antiguo, sólo que en forma incomparablemente más racional y, por tanto, menos evitable³.

Se puede entender que Max Weber haya tenido este temor en su tiempo. Pero resultó que estaba completamente equivocado. Donde la burocracia pública logró imponerse a las burocracias privadas -como ocurrió en el socialismo soviético- fueron los ciudadanos los que al final rompieron su poder. Pero lo que Weber ni sospechaba, nos toca hacerlo hoy. Se trata de la imposición de las burocracias privadas, que devoran a las burocracias públicas. Con mucho más derecho podemos hoy decir sobre la burocracia privada, lo que Max Weber decía sobre la burocracia pública, es decir, que desde allí se constituye algo, que funciona “a la manera por ejemplo, del Egipto antiguo, sólo que en forma incomparablemente más racional y, por tanto, menos evitable”. La burocracia pública no era capaz de constituir un poder mundial, la burocracia privada, en cambio, lo ha podido hacer.

Weber todavía cree que la competencia controla a la burocracia privada, mientras que el peligro reside en la burocracia pública. Por esta razón, el mismo Weber puede seguir pensando en términos de derechos humanos identificados con el derecho del propietario. Sigue teniendo en mente a un individuo-propietario portador de estos derechos. Hoy ya no puede haber mucha duda de que es la competencia irrestricta que lleva al dominio abso-

2 WEBER, M.: *Economía y Sociedad*, pp. 741-742.

3 Ob. Cit., pp. 1073-1074.

luto de la burocracia privada sobre el mundo entero, la que está haciendo pedazos al poder público.

Hoy, esta posibilidad que Weber veía, se desvanece. Hoy los derechos humanos tienen que ser derechos específicos del ser humano, y estos derechos son derechos de un ser natural, corporal. Solamente derechos humanos en este sentido pueden enfrentarse a la tendencia obvia a la dominación absoluta de la burocracia privada -poderes sin ciudadanos- sobre los seres humanos, una tendencia que nos condena a todos a un viaje en el *Titanic* sin retorno.

La democracia en la estrategia de la globalización: el gobierno extraparlamentario

La estrategia de la globalización hace surgir de esta manera un poder que está por encima de toda autoridad política. Cuanto más los mercados se totalizan, tanto menos resulta posible una política frente a los mercados. Aparecen poderes del mercado, que quitan a la política su autonomía.

Estos poderes del mercado operan en nombre de la técnica. Toda política económica es ahora, aparentemente, la aplicación de una técnica, que se presenta como la única forma de racionalidad posible. Frente a ella, la política parece ser el ámbito de la irracionalidad. Pero estos poderes del mercado dominan la esfera del capital y, por tanto, de los medios de comunicación. No admiten ninguna política frente al mercado, sino imponen el poder del mercado en nombre de la técnica, la eficiencia y la competitividad, que se erigen en las instancias de juicio sobre todos los valores humanos. Como consecuencia, la política mantiene solamente su autonomía en aquellos espacios neutrales desde el punto de vista del poder del mercado y que no interfieran con la determinación de la sociedad entera por el poder del mercado. Por tanto, este poder determina el marco dentro del cual la política es posible.

De esta manera aparece algo así como un gobierno extraparlamentario, que es efectivamente un gobierno mundial, que ejerce el poder sin asumir las funciones del gobierno ni sus responsabilidades. No necesita ninguna legitimación democrática, sino que se legitima por medio del mercado como la instancia superior de toda vida social. Por eso está por encima de toda mayoría democrática, la que deja de ejercer el poder. Las elecciones no pueden determinar nada que esté en conflicto con esta voluntad general pretendida del mercado. Las instancias políticas resultan relativizadas.

Este gobierno extraparlamentario mundial tiene en sus manos, por un lado, los medios de comunicación y por el otro, el capital. Gobierna mediante su capacidad de condicionar a los gobiernos políticos legítimos. La huelga del capital llegó a tener importancia central en este condicionamiento de toda política. Eso transformó la Bolsa en el criterio determinante de los políticos. La huelga del capital -fuga de capital, migración de empresas etc.- puede presionar de tal manera a la política, que ésta pierde su capacidad de orientarse según la voluntad de los electores. Eso ocurre en el contexto de una opinión pública que está bajo la influencia dominante de medios de comunicación, que están en manos de este mismo gobierno extraparlamentario.

Este poder del mercado, sin embargo, es un poder anónimo y no debe entenderse como un complot planificado. Surge de fuerzas compulsivas de los hechos del mercado. Opera mundialmente, sin tener una coordinación central por instancias humanas. Es coordinado por el mercado y por las fuerzas compulsivas de los hechos que emanan del mercado.

Como consecuencia, la democracia ha sido socavada. Ni los gobiernos políticos ni la oposición parlamentaria pueden imponer límites significativos a este poder extraparlamentario que ha surgido en el mundo.

Todo ocurre como en la película *Jurassic Park*. En ese parque había muchos dinosaurios bien limitados en su espacio de acción y los seres humanos podían pasearse tranquilamente para observarlos. Para los dinosaurios esta limitación representaba evidentemente una distorsión de la competencia, a pesar de que para los seres humanos esta situación proporcionaba un ambiente de seguridad, con el resultado de que su posibilidad de vivir no era distorsionada. Sin embargo, con el huracán de la globalización cayeron todas estas distorsiones para los dinosaurios. El *Tyrannosaurus rex* podía moverse ahora sin ser distorsionado en su libertad y el velociraptor lo podía asaltar libremente. Por fin eran "global players". Pero ahora era la vida de los seres humanos la que estaba distorsionada. Perdieron todas sus defensas. En la película había un helicóptero, en el cual los humanos podían fugarse y por tanto se podían escapar. Pero en nuestra realidad no hay tal helicóptero en el cual podamos escaparnos. Tenemos que defendernos en el terreno.

Eso ha implicado un verdadero cataclismo de los derechos humanos. Estos derechos fueron formalizados en el siglo XVIII por las declaraciones de EE.UU., y de la Revolución Francesa, cuyo centro ha sido la declaración de la propiedad privada como derecho humano fundamental. Son derechos

humanos pensados a partir del individuo-propietario, que se enfrenta a las burocracias públicas del Estado. Por tanto, con estas declaraciones aparece la reivindicación de la democracia liberal. Frente a estos derechos humanos surgen, a partir de las luchas de emancipación del siglo XIX y del siglo XX, los derechos del ser humano como sujeto corporal y concreto: el derecho de no ser esclavo, por tanto de no ser sometido al trabajo forzado, los derechos de la emancipación obrera y femenina, los derechos de emancipación de las culturas y etnias, los derechos a la liberación de las colonias. Se trata de los derechos de la vida humana, que muchas veces entran en conflicto con los derechos de propiedad privada. En la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU de 1948, muchos de estos derechos de la vida humana fueron afirmados.

Sin embargo, en el curso de la estrategia de acumulación de capital llamada globalización, estos derechos de la vida humana son anulados o marginados. Vuelve el derecho de propiedad privada como derecho humano central y muchas veces único. Pero no se trata de una simple vuelta a las declaraciones del siglo XVIII, aunque muchas veces parece así. La situación de la propiedad privada ha cambiado. En el siglo XVIII el sujeto del derecho a la propiedad privada era el individuo-propietario. Sin embargo, éste ha sido sustituido por las grandes burocracias privadas, que ahora reclaman ser los portadores principales de los derechos humanos. El poder absoluto de estas burocracias privadas ahora se sostiene en nombre de los derechos humanos, lo que tiene que subvertir necesariamente todos los derechos humanos clásicos. Esto lleva al proceso actual de la subversión de las democracias liberales. El poder público se transforma en apéndice del poder de las burocracias privadas, frente al cual ya no hay ninguna instancia de control. La propia democracia liberal pierde su capacidad de control del poder dominante. Hoy, los derechos humanos centrados en la propiedad privada hacen imposible el control del poder que nos domina, porque las burocracias privadas afirman su poder absoluto en nombre de estos derechos humanos. La propiedad privada como derecho humano central destruye a la propia democracia liberal.

Hoy, el único control posible de las burocracias privadas pasa por la intervención de los mercados, lo que la burocracia privada declara ilegítimo en nombre de su comprensión de los derechos humanos.

La globalidad del mundo: las amenazas globales

Sin embargo, en un sentido que nuestra propaganda sobre la globalización ni siquiera toma en cuenta, nuestro mundo se ha hecho global. En términos generales podemos afirmar que el mismo desarrollo tecnológico que hace posible la estrategia de acumulación de capital llamada globalización, ha llevado a una situación en la cual estamos obligados a tomar conciencia de la globalidad de nuestra tierra. Se trata ciertamente de un proceso histórico muy largo, pero este proceso llevó a una conciencia de globalidad, que hoy muchas veces olvidamos cuando hablamos de la globalización. Se trata de una vivencia de globalidad, que ha implicado un corte histórico y que está por distinguir nuestra historia presente y futura de toda historia humana anterior.

Tenemos entonces un sentido de la palabra globalidad, que debemos tener presente en cualquier discusión sobre la globalización. El mismo implica una transformación fundamental de toda vida humana, que se hizo notar la primera vez en 1945 con el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima.

En ese momento comenzó una nueva conciencia de la globalidad de la vida humana y de la misma existencia del planeta, que se había globalizado de una manera nueva. Si la humanidad quería seguir viviendo, tenía que asumir una responsabilidad que hasta ese momento sólo podía haber soñado. Era la responsabilidad por la vida sobre la tierra. Esta responsabilidad apareció entonces como obligación ética, pero al mismo tiempo como condición de posibilidad de toda vida futura. La exigencia ética y la condición de posibilidad de la vida se unieron en una única exigencia. Lo útil y lo ético se unieron a pesar de toda una tradición positivista que por mucho tiempo las había separado.

Pero, en cierto sentido, la bomba atómica parecía todavía algo externo a la acción humana cotidiana. Parecía que si se conseguía evitar su aplicación por medios que correspondían a la política de los Estados, se podría seguir viviendo como siempre. Sin embargo, la nueva globalización tocó de nuevo a la puerta. Esta vez con el informe del Club de Roma sobre los límites del crecimiento, que salió a la publicidad en 1972. Los límites del crecimiento expresaron de una manera nueva la redondez de la tierra, su carácter de globo. Otra vez la tierra se hacía más redonda. Sólo que la amenaza provenía ahora de la acción humana cotidiana, no de ningún instrumento específico que se pudiera controlar por medios aparentemente externos. Toda la

acción humana desde las empresas, los Estados, y la acción de cada uno, estaban involucrados en su quehacer cotidiano. Aparecía de nuevo la responsabilidad humana por el globo. Aunque esta vez con mucha más intensidad. La humanidad tenía que dar respuesta a efectos cotidianos de su propia acción cotidiana. Toda la canalización de la acción humana por el cálculo de utilidad (interés propio) y la maximización de las ganancias en los mercados, estaba ahora en cuestión. Esta crítica se convirtió entonces en condición de posibilidad de la propia vida humana, y también en exigencia ética. De nuevo, lo útil y lo ético se unieron en una única experiencia.

Siguieron nuevas experiencias de la redondez y, por tanto, de la globalidad de la tierra, como por ejemplo la experiencia de los límites del crecimiento posible de la población.

No obstante, en los años ochenta hubo otra vez un impacto grande cuando apareció la biotecnología. La vida misma había sido transformada en objeto de una nueva acción humana, una vez más de presencia cotidiana. Reaparecía la amenaza del globo, y volvía a aparecer la exigencia de la responsabilidad por el globo, sólo que esta vez surgía directamente a partir del método de las ciencias empíricas. Al desarrollar el conocimiento de elementos básicos de la vida, el método tradicional de la ciencia empírica – el tratamiento de su objeto mediante su parcialización – hizo aparecer una amenaza al globo que apuntaba de nuevo a la raíz de la modernidad. Ya no es posible hacer una distinción nítida entre el desarrollo de conocimientos y su aplicación. En la ciencia de la vida, y por tanto en la biotecnología, el desarrollo del conocimiento ya es su aplicación. No se puede desarrollar el conocimiento sobre clones humanos sin hacerlos. Lo que ahora estaba cuestionado no era tanto la maximización de la ganancia en los mercados, sino la propia percepción de la científicidad. Nuevamente aparece la necesidad de la responsabilidad humana frente a la tierra redonda. Pero esta vez se trata de una responsabilidad frente a los efectos del propio método científico.

En relación al conjunto de estas amenazas globales se ha desatado una crisis general de la convivencia humana. El desmoronamiento de las relaciones humanas que está en curso, afecta la propia posibilidad de la convivencia. Cuanto más aparece la exclusión creciente de sectores de la población humana, el comportamiento inhumano inevitable en relación a estos excluidos se generaliza y es asimilado en el comportamiento mutuo entre los incluidos. No aparece una polarización entre incluidos, quienes mantienen la capacidad de convivencia, frente a excluidos, quienes la pierden, sino

que la pérdida se transforma en pérdida general. El polo de los incluidos disuelve su capacidad de convivencia en un grado quizás mayor que el polo de los excluidos. Se trata hasta ahora de la última amenaza global, que puede resultar a la postre la peor, porque incapacita frente a la necesidad de enfrentar a las otras. Aparece, por consiguiente, la responsabilidad frente a la propia capacidad de convivencia humana.

Esta responsabilidad global frente a las amenazas globales tiene algo de compulsivo, pese a que no es algo que se da de forma automática. Vivimos más bien un tiempo de rechazo de esta responsabilidad. No obstante, se trata de una responsabilidad frente a la cual no existe neutralidad. Cuando un amigo que se va de viaje nos entrega un objeto valioso para guardarlo, podemos rechazar esta responsabilidad aduciendo razones. El amigo, entonces, tiene que buscarse a otro que se lo guarde. Nuestra actitud en este caso no es irresponsable, sino que más bien puede ser una expresión de responsabilidad. La responsabilidad por las condiciones de posibilidad de la vida, en cambio, no es de este tipo. Somos responsables aunque no lo queramos. Si rechazamos esta responsabilidad, no nos la quitamos de encima. Somos entonces irresponsables. Podemos escoger entre responsabilidad e irresponsabilidad, pero no podemos salirnos de la disyuntiva. O nos hacemos responsables del globo globalizado, o estamos involucrados en su destrucción.

Evidentemente nuestra vida se ha globalizado de una manera nueva, como nunca había ocurrido en la historia humana. La humanidad ya no puede vivir sin aceptar esta responsabilidad por el globo. Esto se refleja en la vida de cada uno, en cuanto sabe que vive en una cadena de generaciones. Para que nosotros o nuestros hijos e hijas puedan vivir, hay que aceptar esta responsabilidad. En este sentido estamos globalizados, lo queramos o no.

Esta globalidad de la tierra, que se nos impone por las amenazas globales, es producto del propio método científico parcializado y de la aplicación de sus resultados en un desarrollo técnico guiado por un cálculo costo-beneficio totalizado. El desarrollo técnico consiguiente topa con su límite objetivo dado por las amenazas globales. Sin embargo, este mismo proceso tecnológico llevó a la posibilidad de la estrategia de acumulación de capital llamada globalización.

De esta manera, aparece un conflicto entre la globalidad de la tierra y la estrategia de globalización. La estrategia de globalización denuncia e impide las medidas necesarias para enfrentar las amenazas globales resultantes del hecho de la globalidad de la tierra. Por eso mismo, la estrategia de globaliza-

ción, si se la sigue, condena a la humanidad a la destrucción de sus propias condiciones objetivas de la vida humana. La estrategia de globalización se transforma, de esta manera, en un camino al suicidio de la humanidad.

La cultura de la desesperanza

Al declarar que no hay alternativas a la estrategia de acumulación de capital llamada globalización, ésta necesita una cultura de la desesperanza para poder afirmar su legitimidad. Esta es la crisis que vivimos. El poder que ha surgido es un poder total que sostiene hoy que hay un sistema, para el cual no hay alternativa.

Si no hay alternativa, para la mayoría de los afectados no hay esperanza. Las organizaciones de clase o revolucionarias, los movimientos de cambio, la orientación hacia una nueva sociedad, surgieron de la cultura de la esperanza de los años 50 y 60. Formularon la esperanza o la manipularon; sin embargo, se basaron en ella. Se afirmaba entonces que sí hay alternativas. La destrucción casi general de los movimientos populares y del Estado de reformas (intervencionista) acabaron con esta cultura, logrando además una gran fuerza de convicción a partir de la crisis del socialismo en Europa oriental. La cultura de la desesperanza se basa en la tesis de que no hay alternativa.

Eso no vale solamente para el proceso de “producción de sobrantes” en el Tercer Mundo. Un proceso parecido se lleva a cabo en el Primer Mundo, aunque a niveles más limitados. En el fondo, la guerra psicológica, que por lo menos en el Tercer Mundo es omnipresente, trata de convencer a los seres humanos hechos superfluos, de que efectivamente lo son -con la consecuencia de destruirse mutuamente en vez de ser solidarios entre ellos. Creo que el primer autor que describió con plena conciencia este mecanismo, ha sido Nietzsche. Es sorprendente hasta qué grado sabía que el hombre hecho superfluo tiene que considerarse como tal, para que se destruya a sí mismo- uno al otro. Esa es la condición de la estabilidad de la sociedad sin esperanza.

Las rebeliones se transforman en movimientos espontáneos que al final no tienen capacidad de cambio. El Caracazo en febrero de 1989 fue un movimiento que llevó a la primera de estas rebeliones sin destino, la cual terminó en una masacre de miles por la mano militar. Miles de muertos no conmueven y ni hacen noticia. Las actuales rebeliones en Argentina tienen

un carácter parecido. El sistema no se conmueve, solamente algunas caras de políticos cambian. Todo es más de lo mismo.

Aparecen los crímenes resultado de la desesperanza. Desde fines de los años 70 -cuando la estrategia de globalización se impone por los ajustes estructurales- empieza la serie de asesinatos-suicidios que han marcado las décadas siguientes hasta hoy. Empiezan en EE.UU. con los asesinatos-suicidios en colegios, oficinas, en la calle. Se propagan rápidamente y aparecen en Europa, en Japón, en Palestina, en Africa, en China y en el resto de Asia. Su culminación hasta ahora ha sido el atentado suicida del año pasado en Nueva York. Al suicidio de la humanidad promovido por los “globalizadores” corresponde el suicidio de los desesperados.

Resurgimiento de la esperanza

Pero no todo es desesperanza. Cada vez aparecen más movimientos contestatarios. Estos movimientos vienen en nombre de: un mejor mundo es posible. Se coordinan entre sí, sin intentar formar un gran movimiento unificado. Estos movimientos tampoco forman partidos políticos, aunque varios partidos los apoyan. Llegan a ser conocidos con grandes manifestaciones en ocasión de las reuniones de organismos internacionales financieros. Se hacen presentes durante los últimos años en Seattle, Davos, Praga, Génova y Quebec. En el 2001 se reúnen por primera vez a nivel mundial en Porto Alegre, Brasil, donde organizan un congreso con decenas de participantes. Un congreso parecido se ha reunido en el mismo lugar a fines de enero de 2002, y esta vez había más de 50.000 participantes de todo el mundo.

Estos movimientos promueven un pensamiento en términos de alternativas con una doble orientación: por un lado, para obligar al sistema mundial a reformular toda su estrategia de acumulación de capital llamada estrategia de globalización, y por el otro lado, responder a la desesperanza, que cada vez más desemboca en reacciones irracionales sin destino.

Se trata de un movimiento cuyos participantes vienen de todos los sectores de la población. En este sentido no es un movimiento clasista. En sentido literal no es un movimiento anti-globalización, sino un movimiento que se enfrenta a la actual estrategia de acumulación mundial de capital. Lo hace precisamente en nombre del hecho de que hoy el mundo es efectivamente un mundo global al cual hace falta defender frente a esta estrategia -que se autoproclama globalización- y que se ha convertido en la hasta aho-

ra peor amenaza para la sostenibilidad de la humanidad y de nuestra tierra. Es un movimiento de defensa de la tierra hecha global de los “globalizadores” provenientes de las burocracias privadas y apoyadas por gobiernos que se sienten responsables ante el capital, en vez de ser responsables frente a la gente y a todo nuestro mundo. La “globalización” resulta ser más bien un “pillaje” global de toda la tierra.

Frente a este pillaje global surge un movimiento de recuperación de la globalidad de la humanidad y de la tierra frente a una estrategia de acumulación de capital, que ha asumido ilegítimamente el nombre de “globalización”. En vez de globalizar el mundo, lo destruye globalmente.

Este movimiento está en auge y ha adquirido una gran legitimidad en la opinión mundial, hasta en muchos representantes de las propias clases altas. Está presente en todos los países y en todos los sectores de la población. Está haciendo conciencia de las consecuencias fatales que la actual estrategia vigente tiene sobre todo el futuro de la humanidad. Se está transformando en el núcleo de una conciencia alternativa: un mejor mundo es posible. Hace ver que la misma globalidad de la tierra exige una alternativa. Mientras mundialmente, en muchos la desesperanza lleva a la desesperación con sus consecuencias irracionales y sin sentido, aparece una gran recuperación de la esperanza, que también mundialmente se hace notar y que muestra una salida.

La crisis del poder de las burocracias privadas

Las burocracias privadas de las empresas transnacionales impusieron a todo el mundo una estrategia de acumulación de capital, que lo destruye globalmente. Hoy, después de décadas de imposición, aparecen las reacciones. Como muestran los atentados de Nueva York, estas reacciones pueden ser tan nefastas como lo es la estrategia del poder misma.

Eso lleva a la crisis del poder. Esta crisis no es de por sí una crisis terminal. Tiene hoy todavía el carácter de una encrucijada. Por un lado, es posible reconsiderar toda la estrategia de acumulación de capital llamada globalización, en función de la responsabilidad por una humanidad y una tierra que llegaron a ser globales y que tienen que ser respetadas globalmente para que nuestra vida hacia el futuro sea posible. Pero por el otro lado, el poder puede caer en la ilusión de poder salvarse por la imposición bruta de su estrategia contra viento y marea.

En este segundo caso, el poder tiene que imponer un sistema de apoyo diferente del que ha regido hasta ahora. Impuso el mercado total. Para sostenerlo por un tiempo más, tiene que complementarlo con un sistema político totalitario y mundial, para callar todas las respuestas posibles. No hay duda de que en este momento se está promoviendo eso. En nombre de la guerra antiterrorista aparece la tendencia hacia ese sistema totalitario mundial, que pretende algo así como un “pinochismo” mundial. Toda la lucha del poder va en esta dirección. Es el proyecto de los que Stiglitz llama los “fundamentalistas del mercado”. Se trata de los “talibanes” de la Casa Blanca.

Estamos hoy frente a este peligro de la constitución de un poder político total, que sea complementario al poder de las burocracias privadas en el mercado total. El mercado total no puede sostenerse sin constituir un sistema político y militar totalitario que lo sustente. Es muy difícil concebir un impedimento. Eso por el hecho de que no hay en el mundo un poder que se pudiera enfrentar con los medios del poder a este intento. Se trata del intento de constituir el mundo entero como un solo Imperio único. Sin embargo, no es probable que pueda tener éxito. Puede destruir países y matar poblaciones y parece que lo va a hacer. Pero difícilmente podrá evitar un desmoronamiento interno por las reacciones irracionales que provoca. La rebelión de Argentina resultó en una erupción sin orientación ni estrategia, mientras los atentados a las torres de Nueva York son simplemente reacciones irracionales. Pero precisamente por eso no es posible prevenirlos. La guerra antiterrorista es una simple ilusión y las rebeliones espontáneas sin proyecto no tienen conductores que se puedan reprimir de antemano. Por eso, si el sistema sigue insistiendo en la imposición ciega de su poder en la línea de la estrategia asumida, provocará más bien un período de decadencia, del cual no podemos saber cuanto durará y que desastres provocará.

Frente a esto se define el movimiento de oposición a esta estrategia de acumulación del capital. No puede luchar ni con fusiles ni por medio de algún terror. Puede solamente subvertir la legitimidad del sistema en grupos cada vez más amplios y preparar alternativas para el momento en el cual este sistema se haga insostenible frente a las consecuencias desastrosas y las catástrofes globales que está produciendo.

Esa es nuestra tarea en el mundo de hoy.